

# PROMOTIO IUSTITIAE

Nº 68, Septiembre 1997

## CONGRESO INTERNACIONAL del APOSTOLADO SOCIAL de la COMPAÑÍA de JESÚS

* <b>PRESENTACIÓN</b> .....	75
Michael Czerny, S.J. y Fernando Ponce, S.J.	
* <b>«Un intercambio de dones»</b> .....	84
Michele Cardenal Giordano	
* <b>«Mirar con ojos nuevos»</b> .....	88
Vittorio Liberti, S.J.	
* <b>«Un amor pascual por el mundo»</b> .....	95
Peter-Hans Kolvenbach, S.J.	

sjs@sjcuria.org

*Jesuitas en diálogo: la dimensión interreligiosa* es el boletín publicado por el nuevo Secretariado para el Diálogo Interreligioso (SJDI). Su secretario P. Thomas Michel considera el boletín «más que todo un canal para compartir informaciones entre los jesuitas y como foro para expresar opiniones» sobre todo lo relacionado con la dimensión interreligiosa de nuestra misión. Si desea tener un ejemplar del número 1, puede solicitarlo por fax al +39-6-687.5101 o por correo electrónico a [interrel@sjcuria.org](mailto:interrel@sjcuria.org), o escribir al SJDI a la dirección que figura en la portada de *PJ*, indicando la lengua preferida (español, francés, inglés, italiano).

El Secretariado para la Justicia Social, de la Curia General de la Compañía de Jesús, publica *Promotio Iustitiae* en español, francés e inglés. Quienes deseen recibirlo pueden, si son jesuitas, decírselo a su Padre Socio y, si no lo son, enviar su dirección postal (con indicación de la lengua en que lo desean) al Editor.

Si le impresiona alguna idea de este ejemplar de *Promotio Iustitiae*, acogeremos con gusto unas breves líneas. Para enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, hágalo a la dirección de la portada, por correo o fax o por correo electrónico. La reproducción de artículos es bienvenida; cite por favor *Promotio Iustitiae* como fuente, dando la dirección, y mande una copia al editor. ¡Gracias!

*Promotio Iustitiae* is also published electronically in English on the World Wide Web. If you have access to the Internet you can find *PJ* in the faith-justice section of the Jesuit page, at:

[http://maple.lemoyne.edu/~bucko/sj\\_pj.html](http://maple.lemoyne.edu/~bucko/sj_pj.html)

Note that the character between the j and the p is an underline, not a dash. You need to reduplicate this address exactly in order to access the page. Once you find it, be sure to create a bookmark so that you can easily find the current issue of *PJ*.

**Michael Czerny, S.J.**  
Editor

# «La justicia del evangelio en la sociedad y la cultura»

Michael Czerny, S.J. y Fernando Ponce, S.J.<sup>1</sup>

«El Señor puso su mano sobre nosotros, y su Espíritu nos llevó» (Ezequiel 37,1), dejándonos en el «*Centro di Spiritualità S.Ignazio*» en Cappella Cangiani, Nápoles, para el primer Congreso Internacional del Apostolado Social de la Compañía de Jesús<sup>2</sup>.

A continuación presentaremos la estructura y origen del Congreso, líneas de convergencia y algunos resultados, para contextualizar los tres discursos — del Arzobispo de Nápoles, Cardenal Michele Giordano; del Padre Vittorio Liberti, Provincial de Italia; y del Padre General — que vienen publicados en este número de *Promotio Iustitiae*.

---

<sup>1</sup> Fernando Ponce, S.J., coordinador del Apostolado Social en la Provincia del Ecuador y estudiante de Ciencias Políticas en París, delegado de su Provincia al Congreso de Nápoles.

<sup>2</sup> El Congreso fue planificado y organizado por Michael Czerny, S.J., Secretario para la Justicia Social, y Giacomo Costa, S.J., maestrillo italiano que hace magisterio en el SJS, con Liliana Carvajal (secretaria) y, a Nápoles, con la ayuda organizativa de Marcelo Gidi S.J. (Chile), Klaus Vähröder, S.J. (Alemania), y Marco Zarantonello, S.J. (Italia).

## EL ESQUELETO

Los seis días de encuentro, del lunes 16 al sábado 21 de junio, fueron divididos fundamentalmente en dos partes, con una importante transición en intermedio:

Del lunes al jueves trabajamos en quince subgrupos de acuerdo a diferentes temas, todos ellos relacionados al apostolado social; el viernes y el sábado nos reunimos por Asistencias con el fin de evaluar los frutos más importantes para nuestras Provincias y discutir sobre las prioridades y cambios que se deberían proponer. Y entre las dos partes, la transición: el jueves 19 por la tarde, tuvimos la oportunidad de visitar diversas obras sociales de los jesuitas italianos, y el viernes 20 en la mañana hubo un plenario en el que escuchamos los informes de los quince subgrupos y la intervención del P. General.

Lunes 16	Martes 17	Miércoles 18	Jueves 19	Viernes 20	Sábado 21
Oración	Oración	Oración	Eucaristía (Europa)	Oración	Oración
Introducción: P. Liberti. Apertura: Cardenal Giordano	Plenario: Contexto económico, cultural, religioso	Plenario: Fuentes de nuestra visión y espiritualidad	Plenario: Modos y medios. Grupos de trabajo	Plenario: Diálogo con Padre General	Grupos por Asistencia. Plenario
Grupos de trabajo	Grupos de trabajo	Grupos de trabajo	Las cuatro excursiones <sup>3</sup>	Grupos por Asistencia	Plenario conclusivo
Eucaristía (Asia Meridional)	Eucaristía (Africa)	Eucaristía (Asia Oriental)		Eucaristía (América Latina)	Eucaristía (América del Norte)

A lo largo de la primera parte trabajamos de dos modos: en plenarios por la mañana y en los mencionados subgrupos por la tarde. A cada plenario correspondían un cierto número de los temas de la tarde, así:

Plenario: El contexto económico, cultural, religioso

- Subgrupo:
1. El contexto económico
  2. El contexto cultural
  3. El contexto religioso
  4. El análisis socio-cultural

Plenario: Las fuentes de nuestra visión y de nuestra espiritualidad

- Subgrupo:
5. La comunidad jesuita
  6. El discernimiento
  7. La inserción

---

<sup>3</sup> El centro histórico, el Gesù Nuovo, la lucha contra la usura. La Comunidad Emmanuel, Casoria, rehabilitación de toxicómanos. La parroquia de «S. Maria della Speranza» en Scampia, uno de los suburbios venidos a menos de Nápoles. El Centro Astalli, acogida de migrantes y refugiados, Casandrino (NA).

8. Las fuentes de nuestra espiritualidad
9. La fe y la justicia en la Iglesia
10. Las tensiones del apostolado social

Plenario: Los modos y los medios de nuestro apostolado social

- Subgrupo:
11. La colaboración
  12. El modelo de sociedad y las comunidades de solidaridad
  13. La evaluación y el planeamiento
  14. Las estructuras de la Compañía de Jesús
  15. El estado actual del apostolado social

Los delegados fuimos distribuidos en estos quince subgrupos según el idioma compatible y, en la medida de lo posible, con el cuidado de incluir en cada uno de ellos un representante de cada Asistencia.

Hubo 160 participantes en el Congreso. Además de un delegado por cada provincia o región (por cada superior mayor, más exactamente) estuvieron también presentes, durante todo el Congreso o parte de él, miembros de la Curia General, como los diez asistentes regionales<sup>1</sup>, el consejero general para la formación y la promoción de vocaciones (José Morales), y los secretarios para la educación (Gabriel Codina), comunicación social (Gastón Roberge), diálogo inter-religioso (Thomas Michel), prensa e información (José de Vera), espiritualidad ignaciana (Joseph Tetlow), refugiados (Mark Raper) y, como anfitrión, el Apostolado Social (Michael Czerny y Giacomo Costa). El P. General asistió a los cuatro plenarios del día 17 hasta el día 20.

Los delegados preveníamos de diversos ámbitos culturales y representábamos varias estrategias apostólicas: centros de investigación y análisis social, centros de acción, obras de educación popular, de refugiados, de promoción y capacitación social. Echamos de menos los delegados de Alaska, Cuba, Lituania, Quebec, Vietnam y la región del Maghreb. Jesuitas jóvenes, «joven» objetivamente definido como «antes de los últimos votos», éramos casi un tercio de los participantes.

Los participantes tuvimos tantas ocasiones de dialogar a diferentes niveles y en diversos momentos. Obviamente en los subgrupos y en las reuniones plenarias, como fue dicho. Pero también en encuentros informales, en los descansos y comidas, y en reuniones extraordinarias. Hubo, por ejemplo, un almuerzo de los jóvenes; los delegados de India y Sri-Lanka organizaron un encuentro con los latinoamericanos, y otro con los africanos, para conocernos más y discutir puntos comunes; un delegado francés invitó a todos a un encuentro sobre las dificultades para atraer nuevos jesuitas al apostolado social.

Así el Congreso se caracterizó por una gran diversidad: por los diversos horizontes culturales y apostólicos; por el número de temas tratados y de los subtemas relacionados de varias maneras con el apostolado social de la Compañía; y por las lenguas. Colaboró un equipo de traductores jesuitas que tuvieron que arreglárselas con el inglés, el español, el francés e italiano, las cuatro lenguas oficiales. No les fue tan mal, según confesión de uno de ellos, pues creyeron que iban a encontrarse en la torre de Babel pero terminaron descubriendo que se trataba de Pentecostés.

---

<sup>1</sup> El Asistente de Europa Central, debido a un compromiso imprevisto e inevitable, no pudo asistir al Congreso.

El Congreso fue para los delegados un tiempo de escucha y reflexión y oración; pero en realidad no hicimos más que continuar un enorme trabajo que nos había precedido ...

## LOS NERVIOS

... porque el Congreso nació, no de huesos secos, sino de las reflexiones de las reuniones por asistencias en los meses anteriores, del trabajo acertado del coetus o comité preparatorio, del apoyo del P. General, y de la dedicación persistente del Secretariado para la Justicia Social (SJS).

El Congreso tuvo el propósito de contribuir a la renovación del apostolado social como un sector vital de la misión de la Compañía. No tenía por objetivo inmediato producir un documento, sino facilitar la reflexión y el intercambio sobre las varias dimensiones de la renovación del apostolado social. Por esta razón, los delegados no recibieron la tarea de redactar documentos, sino de reflexionar e intercambiar en subgrupos y plenarios.

Gracias a una estrategia organizativa, se montó un equipo de redacción compuesto por seis jesuitas cuya misión fue recoger cuantas ideas y cuantos papeles salieron del Congreso, con el fin de producir posteriormente un documento de trabajo, por escrito y en video. Los organizadores quisieron de esta forma liberar a los delegados de la presión de producir a toda costa un documento final al cabo de esta semana intensa y facilitarles así la reflexión y el intercambio. Ciertamente lo lograron.

Todo este proceso se inició en 1995, después de la 34ª Congregación General, con una propuesta denominada Iniciativa del Apostolado Social, 1995-2005, que planteaba la siguiente pregunta, simple en apariencia:

*«Ustedes, jesuitas del apostolado social, ¿cómo llevan la Buena Nueva a la sociedad? ¿cómo describen su visión social y cómo realizan su trabajo?»<sup>5</sup>*

Junto a esta pregunta principal, había dos más, posibles de ser formuladas y abordadas independientemente de la primera.

*«¿Cómo los jesuitas analizan e interpretan la sociedad en todas sus dimensiones relevantes (las dimensiones económica, política, cultural, comunicacional, religiosa, por ejemplo)?»*

*«¿Cómo evalúan sus proyectos de inserción social, investigación, acción o desarrollo?»*

Estas preguntas se trabajaron en las diversas Asistencias desde julio de 1995 hasta abril de 1997. Presentaciones, reuniones y talleres para trabajar las preguntas se realizaron a:

1995: Río de Janeiro (julio), Dublín (agosto), Harare (septiembre), Nueva Delhi (septiembre), Manresa (octubre), Madrid (noviembre), Washington (noviembre), Manila (diciembre)

1996: Montreal (enero), Praga (enero), Birmingham (febrero), Caracas (febrero), Nairobi (marzo), Madrid (marzo), Bruselas (mayo), Palermo (mayo), Milwaukee (mayo), Malta (mayo), Estrasburgo (mayo), Belo Horizonte (mayo), Ottawa (junio), Tokio (julio), Guatemala (julio), Lima (agosto),

---

<sup>5</sup> «¿Qué creen ustedes que está ocurriendo en la sociedad? ¿Cómo responden? ¿Qué hay de evangélico, jesuítico, sacerdotal, en su respuesta? ¿Por qué realizan este trabajo? ¿Qué esperan lograr de él? ¿Cómo evalúan sus esfuerzos e instituciones: qué cosas consideran aciertos y qué fallos?» *Promotio Iustitiae* 64 (junio de 1996).

Ludwigshafen (septiembre), Blue Ridge Summit, Pennsylvania (septiembre), Czeszokowa (octubre), Florencia (noviembre), Madrid (noviembre), Santo Domingo (diciembre), Kinshasa (diciembre)

1997: Múnaco de Baviera (enero), Bangalore (febrero), Roma (marzo), Nueva Delhi (abril)

Estos encuentros nos condujeron a la autoevaluación y a la reflexión sobre la manera en que abordamos problemas que son al mismo tiempo económicos, políticos, culturales y religiosos, y aportaron respuestas en borrador. A partir de todo lo que las Asistencias habían preparado, el coetus preparatorio (marzo de 1997) enfocó los temas y fijó la dinámica del Congreso...<sup>6</sup>

## LA CARNE

... «La justicia del Evangelio en la sociedad y en la cultura». Sólo con enunciar el lema del Congreso se puede adivinar por qué un breve informe no podría ni resumir adecuadamente el rico contenido de las discusiones e intercambios, ni tampoco transmitir con amplitud todo el espíritu que lo animó. Quisiéramos destacar algunas líneas de convergencia y señalar ciertos signos más vitales del Congreso:

1) La opción por los pobres. Se nota unanimidad en torno al valor central de esta opción para el apostolado social y serenidad al afirmarla. Si bien es cierto que los pobres son diferentes según los contextos, es común el sentimiento que todavía tenemos mucho que aprender de ellos: su manera de apreciar los sentimientos y la corporalidad, por ejemplo, su esperanza. En algunos de los delegados existía una preocupación sobre una posible banalización del «concepto de pobre». Sin embargo, no nos quedó claro qué implicaría este fenómeno. En todo caso un delegado afirmó con justeza que la clave para medir una cultura es la manera cómo la sociedad trata a sus pobres, y esta afirmación tuvo buena acogida.

2) La inserción. Se dijo que el apostolado social exige un cierto grado de inserción entre aquéllos con quienes quiere trabajar y a quienes quiere servir. Se insistió sobre todo en la necesidad de una inserción en el mundo de los pobres, en cuyo caso hay que privilegiar la eficiencia apostólica sobre la eficiencia puramente profesional. (Un ejemplo banal pero ilustrativo: tomar el bus en lugar de viajar en auto puede ser «eficiente» apostólicamente, por el testimonio que conlleva, pero es, a la vez, una medida menos «eficaz» desde el punto de vista del uso del tiempo).

3) El matiz particular que la espiritualidad ignaciana asume en el contacto con los pobres. Como bien resumió el delegado dominicano, si la fuente de nuestra espiritualidad es el acercarnos al pobre, entonces brotará lo mejor de nosotros: la ternura y la compasión, por un lado; la indignación apasionada, por el otro. Este acercamiento sólo es válido desde la fe, y nos obligará a elegir entre una apertura en debilidad o una cerrazón defensiva. Un delegado de la India mostró cómo la meditación de las dos banderas puede servir de meditación estructurante de la sensibilidad social.

4) El trabajo en equipo. Los grandes pioneros del apostolado social son los gigantes en cuyos hombros las nuevas generaciones nos apoyamos, para decirlo en palabras de un delegado irlandés. Pero ahora no se concibe este apostolado en solitario sino en equipos de jesuitas, laicos y gente de buena voluntad. De donde se ve claramente la urgencia de establecer redes de trabajo con organizaciones ya existentes que persiguen fines compatibles con los nuestros.

---

<sup>6</sup> *Promotio Iustitiae* 67 (mayo de 1997).

5) La formación y la incorporación de nuevas generaciones de jesuitas. Es necesario que nuestros programas de formación incluyan experiencias y/o cursos para sensibilizar a los jesuitas en formación sobre las urgencias sociales actuales. Esto podría ser también un recurso para atraerlos (así se dijo) al apostolado social. El delegado de la provincia alemana del sur mencionó una propuesta interesante al respecto: la institución de un «mes Ellacuría» de inserción y análisis socio-cultural para los jesuitas en formación.

6) El rol esencial de la comunidad de fe para el apostolado social. Ante el riesgo de individualismo que permea la Compañía y la pérdida de esperanza en las grandes revoluciones que cambian el mundo, las nuevas generaciones jesuitas necesitan un ambiente comunitario que les permita dialogar y apoyarse mutuamente y, lo que es más importante, necesitan articular su compromiso por la justicia explícitamente a partir de la fe. Cuando la esperanza escasea, la comunidad de fe puede y debe proveerla.

7) El futuro del sector social: si persiste la corriente actual, el número de jesuitas cualificados que de hecho sobrellevarán este apostolado se reducirá aún más; a menos que los jesuitas que están en el sector social, los superiores, los formadores y los que están en formación, reaccionen y tomen la iniciativa.

## **LA PIEL**

El Secretariado para la Justicia Social (SJS) nos había preparado dos colecciones del trabajo precedente: *Los Borradores de las Asistencias hacia «Características»* y *Los Borradores de las Asistencias hacia «Análisis socio-cultural»*. Se nos repartieron también el *Catálogo del Apostolado Social* en cuatro fascículos: África y Asia, América, Europa, y Centros sociales.

Estos materiales estuvieron en la base de muchas de nuestras discusiones, sobre todo en forma de los grandes temas – el contexto, las fuentes, nuestros modos y medios – y los quince subtemas. Cuando hablamos de «nuestras características» en sentido amplio (esto es, incluyendo el análisis socio-cultural y la manera de evaluar), es lo que podríamos llamar las «características» como **producto**. Este producto saldrá a luz como borrador calificado en forma de librito y de video al comienzo de 1998.

Ahora entramos en otra fase, quizás todavía más importante, porque pretende ser lo más participativa posible con la mirada puesta en recabar y profundizar un consenso. Aquí hablamos de las «características» más bien como proceso. Entre 1997 y mediados de 1999 las provincias, los jesuitas del área social, y nuestros colaboradores, y los jesuitas y colaboradores de los otros sectores, serán invitados a reflexionar sobre las características del apostolado social.

Hasta finales de 1997 usaremos los materiales ya existentes: los tres discursos principales del Congreso, aquí publicados en *Promotio Iustitiae*; los *Borradores*, así como también el *Catálogo*, distribuidos entre los delegados. Se puede utilizar todo eso sabiendo que no son documentos ni finales ni oficiales del Congreso, sino una muestra de la tónica del proceso y un punto de partida para la reflexión. A principios de 1998 se distribuirán el librito y el video.

Cuatro objetivos deberían asegurarse en este proceso de reflexión dentro de la **Iniciativa 1995-2005**:

i) La dedicación y el interés que pongan los jesuitas y sus colaboradores en la discusión sobre el estado de sus obras sociales. Está en juego la continuidad o «sostenibilidad» del apostolado social en el futuro.



- ii) La capacidad que ellas demuestren de renovarse y desarrollarse.
- iii) El compromiso corporativo de todas las provincias y de toda la provincia para responder como cuerpo a los nuevos desafíos que el evangelio encuentra en la sociedad.
- iv) El interés, los sueños, la integración y el compromiso de cada nueva generación de jesuitas.

Las preguntas pueden ser sencillas como éstas: ¿Qué se necesita hacer o cambiar en el apostolado social con el fin de asegurar los cuatro objetivos? ¿Cuáles son los cambios importantes que se quisiera proponer y asumir a nivel local? ¿en la organización o estructura a nivel de la Provincia y en la manera de coordinar este apostolado? ¿en las relaciones con los otros sectores apostólicos? ¿en relación con la formación? ¿y con la promoción de vocaciones?

Hasta mediados del 1999, cada vez que se haga un trabajo significativo en torno a «características», se ruega anotar los resultados más importantes y las críticas, y enviar este feedback al SJS, para que así, a la hora de preparar la versión definitiva de 1999, nuestras «características» hayan sido ya puestas a prueba en el terreno.

Se ha iniciado un proceso en cierto sentido original. Queremos escuchar ampliamente lo que los jesuitas «de la base», por decirlo así, quieren decir a propósito de la acción social que el cuerpo de la Compañía realiza. Será un proceso largo y tal vez tedioso, llamado «1995-2005», con reuniones y talleres, papeles y video, a diestra y siniestra, un proceso que causará reacciones de todo tipo, optimistas algunas, pesimistas otras, y que necesitará la participación de jesuitas y colaboradores no jesuitas, intelectuales y hombres de acción, gente de todos los sectores apostólicos. Pero vale la pena continuarlo.

## **EL ESPÍRITU**

¿Cuáles son los resultados, para el apostolado social, de este Congreso de Nápoles? Nos parece que el resultado más importante es todo lo que el apostolado social ha aprendido sobre sus propias características. Hemos aprendido, en primer lugar, que nuestro sector apostólico no se caracteriza únicamente por ciertos enunciados prescriptivos sobre lo que «deberíamos hacer». Esto existe, es verdad, pero también nos caracterizamos por convicciones profundas que compartimos todos, por preguntas claves que nos vienen una y otra vez, por tensiones que atraviesan nuestros apostolados y provincias, por maneras típicas de ver los problemas. Por esta razón, las «características del apostolado social» no pueden ser simplemente un documento final que nos diga qué hacer, sino un proceso de exploración y escucha.

Según el delegado del Provincial de España, «Cuando los relatores de los 15 grupos fueron exponiendo un resumen de su trabajo más o menos logrado, se fue percibiendo una sensación de consenso en unas líneas de fondo, que nadie intentó sintetizar, pero que yo expresaría así: la centralidad de los pobres y de la inserción junto a ellos, la necesidad de afrontar la globalización económica y cultural desde actuaciones alternativas locales y en red, la experiencia espiritual básica del Dios de Jesús desde el sufrimiento de las víctimas, la urgencia de potenciar nuestras posibilidades en los sectores sociales, pero mirando siempre al conjunto de la Compañía.... La expresiva alocución del P. General al final de la mañana, aunque no abordó la problemática concreta manifestada en el Congreso, sino que se mantuvo en un nivel de principios, desde la historia y los desafíos espirituales y vitales de la opción fe-justicia, fue para muchos una confirmación solemne de la opción manifestada

por la Compañía en las últimas Congregaciones Generales y un fuerte respaldo a esas líneas de fondo que surgían desde la rica experiencia personal y colectiva de los reunidos»<sup>7</sup>.

Un resultado trascendental del Congreso es que hemos aprendido lo importante que es la complejidad. La realidad social misma es compleja, y nuestro apostolado social no podría evacuar esta complejidad de sus discusiones y proyectos sin traicionar la realidad en la cual el Señor Jesús nos manda a vivir y servir. Un modo de prestar atención, en nuestros proyectos y reflexiones, a la complejidad de la realidad es dar a la escucha y al diálogo la importancia que se merecen en esta fase de la Iniciativa:

- Escuchar y dialogar entre nosotros, los jesuitas del sector social, para llegar a un nuevo conocimiento mutuo y apoyo entre las obras de «la cabeza» y aquellas de «los pies».
- Escuchar lo que los jesuitas de otros sectores apostólicos de la provincia tienen que decirnos y dialogar con ellos.
- Escuchar al provincial, responsable de la vitalidad del sector y de las dimensiones apostólicas y prioridades de toda la provincia, y continuar en diálogo con él.
- Escuchar y dialogar también al nivel de la Asistencia.
- Escuchar atentamente lo que nuestros colaboradores laicos y religiosos tienen que decirnos e incluirlos en nuestro diálogo.
- Escuchar y dialogar especialmente con los jesuitas jóvenes.
- Escuchar sobre todo a los pobres y buscar a toda costa un diálogo con ellos.
- Escuchar finalmente, y escuchar mucho, lo que Dios quiere decirnos y dialogar con el Señor en nuestra oración.

Otra lección son las tensiones permanentemente presentes, no para ser superadas mucho ni menos eliminadas, sino para aprender a vivir con ellas en un equilibrio que sea fruto del discernimiento espiritual.

Entre tales tensiones, la «globalización» no podía faltar a la hora de analizar los diversos contextos de nuestros apostolados, pero fue imposible ponerse de acuerdo sobre lo que ella significaba. Para unos, se trata de la globalización impulsada por el neoliberalismo que aumenta la brecha entre ricos y pobres; para otros es más bien la globalización de la cultura que destruye las culturas locales; para otros la globalización es un fenómeno ambiguo, y el neoliberalismo tiene también sus aspectos positivos que necesitan ser humanizados. Por esta razón las estrategias que se propusieron no fueron unánimes. Unos plantearon que la Compañía debía asumir una posición clara de denuncia del sistema, como algunos delegados indios, por ejemplo. Otros advirtieron sobre el peligro de terminar como el rey Canuto, quien al exhortar a las olas del mar que se apaciguaran, armado de su bastón de mando, como era de esperarse terminó ... mojado, según la gráfica expresión del delegado de Detroit. De aquí los diversos acentos en micro-realizaciones o en cambios estructurales, en pequeñas iniciativas de mejoramiento al lado de los pobres o en esfuerzos globales para oponerse al sistema. Quedó claro, sin embargo, que si el neoliberalismo es una ideología que pone las fuerzas del mercado por encima de la persona humana no nos resta sino denunciarlo y oponernos a él. Todo el asunto está en saber si tal es la interpretación que conviene a la realidad económica de todos los países.

Se notaron ciertas ausencias, entre las cuales la más notable la dimensión política. Ninguno de los quince grupos de reflexión se dedicó al contexto político del apostolado social. Quedó a la

---

<sup>7</sup> Alvaro Alemany, S.J., «Informe al Provincial de España».

interpretación de los participantes si esto se debía a una falla de la organización o a un simple reflejo de una realidad global donde lo económico invade cada vez más todas las áreas de la vida. Otra ausencia notable fue la falta de un verdadero debate de posiciones, más allá del diálogo fraternal sin duda necesario. De nuevo, esto es susceptible de varias interpretaciones. A fuerza de reconocernos diferentes y aceptarnos como tales, se preguntaba un delegado argentino, ¿no estaremos rehuendo la confrontación y excediéndonos en la prudencia?

El Congreso no es la palabra final sobre lo que debe ser el apostolado social, sino más bien un paso más en el proceso de búsqueda: un proceso que deberá producirse en todas las provincias y con todos los jesuitas y colaboradores en los años venideros.

**«Se reanimaron y se pusieron de pie»**

Ciertos muros caen en Berlín y en Sudáfrica, pero otros continúan visibles entre las dos Coreas e invisibles en Africa; mientras otros más se levantan entre México y Estados Unidos o entre India y Pakistán, al interior de Israel/Palestina o Bosnia Herzegovina y, a menor escala, por todas partes las innumerables divisiones, exclusiones y marginaciones. Desde los tiempos en que Ignacio y sus compañeros querían pacificar a los desavenidos hasta los años recientes en que sus continuadores se comprometieron en la lucha por la fe y la justicia, nuestra sociedad y cultura se parece en aspectos importantes a la inmensa llanura repleta de huesos secos que espera la voz del Señor: «Ven, Espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan» (Ezequiel 37,9).

La imagen del esqueleto, nervios, carne, piel y espíritu, no quería insinuar de ninguna manera que el desolador panorama delante del cual se encuentra Ezequiel sea relevante al apostolado social de la Compañía. Todo lo contrario, la impresión general en Nápoles fue la de un apostolado social muy vivo y con gran futuro. El Congreso fue un ente vivo y vivificante, reflejo de un apostolado que, si se renueva, es precisamente porque nunca ha carecido de energías.

Con el Congreso y después del Congreso, allí se encuentra nuestro rol de jesuitas. «Salimos de Nápoles esperanzados (pese a la dificultad de los retos pendientes) y animados a una mayor cercanía a los sufrimientos de la gente y a una mejor articulación de nuestro trabajo ante los grandes retos sociales de hoy». No es la sequía de los huesos en masa informe lo que se ha querido sugerir, sino más bien infundir toda la vitalidad esperanzadora de la profecía de Ezequiel: «Infundiré mi espíritu en ustedes y vivirán, y los estableceré en su suelo y ustedes entonces sabrán que yo, el Señor, lo digo y lo hago» (37,14).

+ + + + +

**«Un intercambio de dones»**

**Cardenal Michele Giordano  
Arzobispo de Nápoles**

La Carta - Apocalipsis de Juan 21,1-8  
El Evangelio según San Mateo 23,37-39

«Benditos los que vienen en el nombre del Señor». Con estas alegres palabras de San Mateo, os doy la bienvenida, estimados Padres Asistentes y Provinciales, hermanos en Cristo, a esta ciudad y archidiócesis de Nápoles.

Me alegro de saludaros, carísimos compañeros de la Compañía de Jesús, venidos de todas partes del mundo, de cerca y de lejos, como representantes del apostolado social de la Compañía de Jesús. Me alegro de recibirlos en Nápoles, primero porque Nápoles como ciudad tiene mucho que ofrecer pero también porque con vuestras reflexiones, oraciones y discusiones durante esta semana tendréis algo muy precioso que ofrecer a Nápoles. Hacéis un regalo a Nápoles y Nápoles hará otro tanto.

A los que vienen de lejos quizá les interesará saber que la Compañía tuvo ya desde un principio un lazo con Nápoles. Uno de los primeros compañeros de Ignacio y teólogo de Trento, Alfonso Salmerón (1515-1585), fue el primer provincial de la Compañía en nuestra ciudad. En los sermones de Adviento que tuvo en 1561, Salmerón denunció la corrupción, la explotación de los usureros y la insensibilidad de los ricos para con los indigentes. Recomendó a los ricos no anular el mérito de la caridad con vanas ostentaciones: su predicación estuvo abierta a las necesidades sociales de la ciudad. En cierto sentido puede considerársele como el primer representante de vuestro apostolado aquí en Nápoles hace más de cuatro siglos.

Vuestra reciente Congregación General ha querido subrayar que San Ignacio amaba las grandes ciudades, pero no por los mismos motivos que sugieren las crónicas elegantes de la época ni las guías turísticas de hoy. Ignacio buscaba siempre las necesidades más urgentes e importantes en las que sus compañeros podían servir para la mayor gloria de Dios.

En este sentido ahora diría que Nápoles, como tantas ciudades del mundo de hoy, es una gran ciudad que al reunir una población tan densa, saca a la luz el carácter y estado de ánimo de nuestros tiempos. Aun a riesgo de simplificar demasiado, quisiera decir que «nuestros tiempos» han comenzado como el resultado de los acontecimientos geopolíticos de los últimos años con la llamada «caída de las ideologías» y de las solidaridades fuertes. Sucesos concretos como la caída del muro de Berlín, y otros de más envergadura como la desaparición del mundo bipolarizado, nos han dejado no con una fotografía clara y nítida, sino con impresiones desenfocadas.

En nuestros países y en nuestra ciudad, marcadas por una desorientación general y una incertidumbre que caracteriza sobre todo a las generaciones jóvenes, se evidencia un vacío de valores, la cancelación de la memoria, la adhesión a modelos culturales y éticos bajísimos en los diversos campos de la actuación individual y social, transmitidos por las redes de los medios de comunicación nacionales e internacionales.

Esto sucede también en Nápoles y es la base, el substrato en que se insertan los problemas que connotan desde siempre la cuestión social de la ciudad. El empleo, en primer lugar, que constituye la expectativa de jóvenes y menos jóvenes de los diversos estratos sociales, y después el problema de la vivienda y más en general de las condiciones de habitabilidad y funcionalidad de los servicios públicos, la «vivibilidad» colectiva.

Un eco de esta situación ha llegado también de vuestra última Congregación General. En ella se lee efectivamente: «El creciente ritmo de la urbanización a lo largo y ancho del mundo genera millones de pobres en las grandes ciudades, gente que se debate en una angustiosa transición cultural al emigrar de áreas rurales y verse forzados a dejar atrás su cultura tradicional» (D.4, n.5.3).

Un panorama así ¿hubiera desanimado a Ignacio de Loyola o Alfonso Salmerón? ¡Al contrario! Hablar de grandes problemas como lo haréis durante los próximos días no implica negatividad, pesimismo, amargura ni depresión. Buscamos los signos del espíritu humano y del Espíritu Divino.

«Es necesario además que se estimen y profundicen **los signos de esperanza presentes en este último fin de siglo**, a pesar de las sombras que con frecuencia los esconden a nuestros ojos». Son palabras de nuestro Santo Padre en el *Tertio Millenio Adveniente*, escritas como si participase en nuestra liturgia de hoy. «**En el campo civil**, los progresos realizados por la ciencia, por la técnica y sobre todo por la medicina al servicio de la vida humana, un sentido más vivo de responsabilidad en relación al ambiente, los esfuerzos por restablecer la paz y la justicia allí donde hayan sido violadas, la voluntad de reconciliación y de solidaridad entre los diversos pueblos, en particular en la compleja relación entre el Norte y el Sur del mundo» (TMA, n.46)

Con sus luces y sus sombras, pues, las ciudades de las que habéis llegado y la Nápoles a donde habéis venido son «grandes» en ambigüedad: necesidades y signos de esperanza, poderosas razones para el cinismo y posibilidades siempre abiertas.... Estas ciudades lo reúnen todo, aun lo que no va bien junto; son encrucijadas indiscriminadas; en estas ciudades los mejores valores humanos y los antivalores más degradantes viven codo con codo; estas ciudades son el punto de encuentro de lo global y lo local.

La ciudad puede así ser para nosotros el símbolo del esfuerzo para hacer avanzar la cultura hacia la realización humana. Vuestra última Congregación General describe las grandes ciudades como «el lugar donde se fragua la transformación de la comunidad humana»; Ignacio «quería que sus hombres estuvieran comprometidos en este proceso» (D.4, n.26), pero ¿cómo? Volvamos al conmovedor pasaje evangélico proclamado en la liturgia esta mañana.

Cuando Jesús va al Monte de los Olivos con sus discípulos y la ciudad aparece lentamente a sus ojos en toda su belleza, exactamente como desde la Capella Cangiani se ofrece a vuestra mirada una gran parte de Nápoles como si todos los problemas se hubiesen disipado ... la contemplación impulsó a Jesús a gritar «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces he querido recoger a tus hijos como una gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas y tú no lo has querido!» (Mt 23, 37).

El profundo lamento de amor compasivo de Jesús es toda una pedagogía para vosotros, queridos hermanos, en vuestro Congreso de Apostolado Social, y para todos los napolitanos: si no amáis la ciudad, no veréis la ciudad; y si no veis la verdadera ciudad con compasión, no podréis transformarla.

«Reconocemos, con muchos de nuestros contemporáneos, que sin la fe, sin una mirada de amor, el mundo humano parece demasiado malvado para que Dios sea bueno, para que pueda existir un Dios bueno» (CG 34, D.2, n.11), para que nosotros podamos comprometernos en la transformación de la ciudad. La inteligencia debe hacer más intensa vuestra mirada sobre la ciudad y transformarla en análisis de modo que, más allá de las apariencias, podáis captar los problemas; pero vuestro análisis crítico de la realidad debe también ser transformado por la oración en amor compasivo, igual que el

corazón de Jesús abrazó su amada ciudad de Jerusalén; y, en fin, vuestra solidaridad basada en el amor se transforma en expresividad concreta, en la imitación del amor de Dios a todos los hombres, en los gestos de un amor desinteresado.

De esta manera se indica una religiosidad iluminada por la fe cristiana que asume y encarna las raíces bíblicas, mesiánicas y liberadoras de la tradición cristiana y conjuga — según las adquisiciones de la conciencia eclesial de los últimos decenios — evangelización y promoción humana, servicio de la fe y promoción de la justicia, fe y solidaridad, compromiso religioso y compromiso concreto de renovación moral, social y civil.

Seguramente no habéis olvidado mis palabras de bienvenida: hacéis un regalo a Nápoles y Nápoles hará otro tanto. Ese es el regalo que venís a compartir con Nápoles: vuestra pregunta: «¿Cómo llevar la Buena Nueva a la sociedad y a la cultura?» El don de una pregunta, puede parecer extraño, pero insisto en el hecho de que tenéis algo que ofrecer y compartir con la Iglesia, con Nápoles. No una solución prefabricada que, corriendo a un supermercado, es posible llevarse de un estante; no un modelo único que copiar y repetir; sino, con la valentía de vuestra tradición, una búsqueda incesante de caminos para afrontar los grandes problemas, respetando su complejidad y resistiendo a la tentación de reducirlo todo a respuestas fáciles, es decir, ideológicas, y buscar pacientemente soluciones....

Vuestro Congreso del Apostolado Social de una semana de duración es un regalo para Nápoles — hablo de la ciudad, de la Archidiócesis — si tenéis la valentía de la espiritualidad y tradición de San Ignacio, de Alfonso Salmerón.... Y os animo a continuar siendo fieles a esta tradición, capaz de conjugar creatividad al afrontar los problemas con un sincero «sentir con la Iglesia»; que la energía con que abris una senda en las fronteras tradicionales, el ardor con que os ponéis del lado de los pobres dándoles voz, la apertura con que interesáis a los cristianos y otras personas de buena voluntad en vuestros proyectos, todo vuestro celo en favor de la justicia en la sociedad y en la cultura vayan siempre unidos a vuestra profunda lealtad a Cristo y a su Iglesia. ¡Ayudad a la Iglesia a escuchar el grito de los pobres! ¡Ayudad a los pobres a escuchar la Buena Nueva que la Iglesia les ofrece!

Hago mío el mandato que os ha dado la última Congregación General: Vuestro objetivo es «el intento, confuso pero ineludible, de cooperar en el alumbramiento de una comunidad feliz que, según el Apocalipsis, Dios llevará a cumplimiento (y es seguro que lo hará) en la forma de la ciudad santa, la radiante Nueva Jerusalén: «Las naciones se pasearán a su luz y los reyes de la tierra llevarán a ellas su esplendor y sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche. Llevarán a ella el esplendor y la riqueza de las naciones» (*Ap.* 21, 24-26). Hasta aquel día vuestra vocación es trabajar generosamente con el Cristo Resucitado en esa pobre ciudad humana donde hay pobreza material y espiritual, dominio y control, manipulación de mente y corazón, y servir en ella al Señor hasta que vuelva para llevar a perfección el mundo donde murió» (CG 34, D.4, n.26).

Que el amor compasivo de Cristo, misteriosa e históricamente encarnado en la Iglesia, pueda brillar sobre cuanto sois y hacéis, aquí en Nápoles durante esta semana y cuando volváis a vuestras comunidades durante los años y decenios futuros.

Mis hermanos carísimos, en pocos instantes más recitaremos juntos la oración con que concluye mi *Carta a los ciudadanos y a las instituciones públicas* (1994). Estos son los deseos con que quisiera caracterizar el intercambio de dones que pido a Dios conceda a nuestra Ciudad y Archidiócesis de

## CONGRESO del APOSTOLADO SOCIAL, 87

Nápoles y a vuestro Congreso del Apostolado Social: venga el Reino de tu Evangelio de paz, reconciliación, fraternidad, el Reino de la buena nueva hoy, de la posibilidad de vida nueva<sup>8</sup>.

### Bendición solemne para abrir el Congreso<sup>9</sup>

Dios Padre, rico en misericordia, os dé ojos para ver las necesidades y sufrimientos de los hermanos. Amén.

Jesucristo, hermano y redentor, os guíe en vuestro compromiso leal en servicio de los pobres y afligidos. Amén.

El Espíritu Santo consolador infunda en vosotros la luz de su palabra para confortar a los agobiados y oprimidos. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,  
Padre + Hijo + Espíritu Santo,  
descienda sobre vosotros y sobre vuestro Congreso  
y permanezca siempre con vosotros y con vuestros pueblos.  
¡Amén!

16 de junio de 1997

+ + + + +

---

<sup>8</sup> *Promotio Iustitiae* 62 (septiembre de 1995), 84.

<sup>9</sup> Cf. Plegaria Eucarística V/C.

# «Mirar con ojos nuevos»

Vittorio Liberti, S.J.

Saludo a los Padres Asistentes, Provinciales, y a todos los Padres, Hermanos y Escolares aquí reunidos para el Congreso Internacional del Apostolado Social y extendiendo a todos mi más calurosa bienvenida, con un fuerte sentido de gratitud al Señor que «nos llama de todas partes de la tierra».

Si se excluyen las Congregaciones Generales, creo que éste será el encuentro internacional de la Compañía con la participación más numerosa y universal de jesuitas. Quizá por primera vez en nuestra historia se reúne todo un sector apostólico y todo esto suscita grandes expectativas y esperanzas tanto en la Compañía como entre los que nos son cercanos y con los que trabajamos, y naturalmente también en mí.

Con grande alegría, pues, digo a todos: «¡Bienvenidos a Nápoles!». Y os lo digo como Provincial de Italia, como jesuita y compañero vuestro, pero también y sobre todo como napolitano nacido en el corazón de la antigua Nápoles, en la plaza del Gesù, frente a la iglesia del Gesù Nuovo, sede de una residencia nuestra de tradición secular.

## 1. Como napolitano ...

Probablemente, llegando de todas partes del mundo, no habréis tenido aún ocasión de visitar esta magnífica ciudad, conocida internacionalmente como la ciudad del sol («*O sole mio*» es una canción napolitana), del mar, de la pizza.

Deseo entonces presentárosla personalmente y describiros sus rasgos más característicos.

Partiendo precisamente de la plaza del Gesù es posible aventurarse entre las concurridas calles del centro histórico: las fachadas de los edificios, con su belleza antigua y quizá algo decadente, son huella visible de un pasado de arte y cultura inigualable.

En las numerosas iglesias del centro histórico, desde la exuberancia barroca o la luminosidad gótica (además de la iglesia del Gesù son famosas Santa Clara, San Lorenzo Mayor y tantas otras), se respira una viva religiosidad popular, a menudo contagiada de superstición y antiguas creencias. Entre los santos venerados ocupa el primer puesto San Jenaro, cuya sangre, recogida en una ampolla, vuelve a licuarse todos los años ante una multitud de napolitanos. Si la sangre se licua, la protección de la ciudad está asegurada; pero si no...

Ciertamente se puede mirar a estas formas de religiosidad popular como puro folklore. Pero no se puede olvidar, sin embargo, que precisamente el milagro de San Jenaro hace revivir, de forma casi sacramental, el testimonio de un mártir para la Iglesia de Nápoles, para la ciudad de Nápoles. Detrás de las formas de religiosidad popular hay de veras una grande riqueza que no siempre sabemos captar.

Pero la verdadera Nápoles, la de las antiguas tradiciones populares, la Nápoles de la ropa tendida y de las voces que se entrecruzan de un «bajo» a otro, la Nápoles del «bel canto», de la fantasía, del arte de arreglárselas, se la puede descubrir sobre todo recorriendo la retícula de callejas que lleva el nombre de «*Quartieri Spagnoli*».

Esta es la Nápoles que las guías turísticas pasan de largo por motivos de seguridad, pero es la ciudad que descubre el turista autónomo que se aventura deseoso de meterse en la «napoletanidad» que allí sobre todo se respira.



Por desgracia hoy la droga ha hecho la delincuencia y la microcriminalidad mucho más violentas y peligrosas que el carterismo inocuo, difundido en el pasado y con frecuencia fuente de hilaridad por la destreza con que se hacía. A todo ello ha contribuido luego la *Camorra* (que es como se llama la Mafia en Nápoles) que, traspasando los límites de la legalidad y con altísimos costos en violencia y pérdida de vidas humanas, ha contaminado los colores y la vivacidad de estos barrios y otras zonas de la ciudad llevándolos a los titulares de los periódicos nacionales e internacionales.

Es del miércoles de la semana pasada la noticia de un tiroteo, a las 13 horas, hora de punta, entre la gente de la «cuesta Arenella»: siete pistoleros disparan contra sus víctimas entre la gente. Muerto un delincuente, herido un cómplice. Muerta asimismo una joven madre que volvía a su casa con su pequeño de 4 años, y herido un estudiante.

En las calles del barrio español pululan los «*scugnizzi*», rapaces que han hecho de la calle su casa porque viven con su numerosa familia en los que se llaman «bajos»: pequeñas habitaciones situadas al ras de la calle.

En la familia napolitana, ciertamente extensa y no nuclear, la pobreza va unida a sentimientos de gran generosidad y sentido de hospitalidad por un lado, y de astucia por otro. Es propio de la cultura napolitana el arte de arreglárselas y sobrevivir, con una creatividad a veces genial. Más allá de la aparente resignación en que parece instalarse con filosófico fatalismo, el napolitano no extingue la esperanza y jamás se resigna: tanto en la vida cotidiana como en la historia.

Pero la pobreza sigue siendo grande y hoy la marca el espectro del desempleo, sobre todo juvenil, que llega a niveles inquietantes. Consecuencia: una fuerte dependencia del dinero público, que ha marcado no sólo las clases populares sino aun la clase empresarial por muchas generaciones.

Espero que esta breve descripción contribuya a familiarizaros con esta ciudad, os sirva un poco como clave de lectura, y os haga sentir como en vuestra casa ya desde ahora.

En el fondo, las dificultades y sufrimientos de esta ciudad, como también sus recursos y su complejidad, son comunes a tantas otras ciudades desparramadas por el mundo y probablemente todos las habéis experimentado en vuestra vida y puesto de trabajo. No podéis, pues, no sentirlos en casa porque en todos los aspectos de esta ciudad, positivos o negativos, descubriréis al menos una realidad que os pertenece.

Hace más de 300 años un jesuita de 31 de edad, Francisco de Gerónimo (1642-1716) pidió insistentemente ser enviado a las misiones de la India o del Oriente. En cambio fue enviado a Nápoles (¡estos provinciales!) y aquí se quedó el resto de su vida — unos 40 años — dedicado a las misiones populares.

Las misiones populares consistían en la predicación que se hacía en plazas y calles. Francisco actuaba por todas partes, en el *Maschio Angioino*, los *Quartieri Spagnoli*, llegaba a los que trabajan en las naves, los encarcelados, los enfermos. Se servía de una congregación de laicos, la «cofradía de los artesanos», que le era de ayuda valiosísima en las misiones. Dio los Ejercicios a toda clase de personas: en los monasterios, en los reformatorios, para los jóvenes en las prisiones, a los condenados a galera.

Francisco procuraba continuamente comprender las necesidades más urgentes y prestar ayuda a los que se encontraban en dificultades graves.

Se convirtió así en el apóstol de esta ciudad y un santo napolitano, aun siendo oriundo de Grottaglie, pequeño centro al interior de la provincia de Taranto.

De su ejemplo me impresiona el hecho de que vivió una intensa vocación misionera, aun permaneciendo dentro de su propio país.

Salir fuera, dejar para siempre la propia tierra ha sido mirado tradicionalmente como la esencia de la vocación misionera, ¿pero es efectivamente así? ¿La esencia de la vocación misionera no puede ser más bien la capacidad de ver el ambiente familiar, la cotidianidad, con una mirada siempre nueva?

El misionero clásico (tenemos tantos ejemplos en la Compañía) ha sido visto siempre como un hombre abierto y celoso, que no teme el cansancio ni las privaciones, deseoso de ir más allá de las apariencias y de penetrar la cultura de las poblaciones con las que se pone en contacto para recoger sus recursos ocultos y anunciar el Evangelio.

¿No es esto lo que ha hecho San Francisco, enviado como misionero a su propia tierra? Independientemente del lugar donde nos hallamos, su ejemplo es para nosotros una invitación a mirar con ojos nuevos, nuevo espíritu, nuevas ideas, la realidad que afrontamos a diario en nuestra labor. Es un desafío a conservar el mismo celo y entusiasmo; es un estímulo a no desperdiciar la energía apostólica en la conservación de lo que ya existe y en la rutina cotidiana.

## 2. Como Provincial ...

Y esto nos lleva a mi bienvenida como Provincial.

Bienvenidos a una Provincia de dimensiones considerables, con más de 900 miembros, resultado de una fusión — realizada hace unos veinte años — de cinco Provincias. Hoy hay en Italia una sola Provincia de la Compañía de Jesús única, dividida en tres Regiones, con un Provincial y tres Superiores Regionales.

Una mirada al *Catálogo del Apostolado Social* que se os ha dado os dirá que hay una importante obra social en cada una de las tres Regiones.

En Génova, norte de Italia, la obra «Asociación San Marcelino»: un centro para la asistencia y recuperación de los sin techo en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Unos 400 colaboradores laicos gravitan en torno a San Marcelino. La actividad de esta asociación no consiste sólo en servir con generosidad a los más pequeños y pobres, sino en transmitirles nuevas energías que puedan impulsarles a un cambio positivo. ¡Cuántos de sus huéspedes y aun colaboradores han cambiado su actitud de cara a la vida!

En la Italia Central, en Roma, el «Centro Astalli», que tiene su sede en el edificio de la Curia Provincial, funciona como centro de acogida para refugiados (parte del Servicio de Refugiados de la Compañía de Jesús), una presencia italiana dentro de la amplia área internacional para hacer frente a las urgentes necesidades de los que, por diversos motivos de naturaleza esencialmente política, son desarraigados del propio país de origen.

En el Sur, por último, se encuentra la «Comunidad Emmanuel», con sede en Lecce pero extendida por todo el sur italiano (aun aquí cerca, en Castel Volturno). Nació como un servicio a inválidos y a lo largo de los años se ha ido convirtiendo en una red muy articulada de actividades de acogida y formación. Merece mención particular el servicio, con más de treinta centros, de recuperación de drogadictos.

En Italia tenemos asimismo tres centros de estudios sociales: en Milán, Palermo — con la famosa escuela de formación política Pedro Arrupe — y Nápoles, con el Instituto de Estudios e Investigaciones Sociales (ISERS), en la Pontificia Facultad Teológica de Italia Meridional. Los centros de Milán y Palermo — norte y sur — han comenzado a trabajar conjuntamente y colaboran en la publicación de la revista *Aggiornamenti Sociali*. Los tres centros llevan adelante, con su estudio y reflexión, conferencias y publicaciones, el plan de inculturación de la fe y de una mayor participación de los cristianos en la vida política, social y cultural italiana.

Albania, también parte integrante de nuestra Provincia, es un país en el cual es necesario reconstruirlo todo, recomenzando desde cero. ¿Cómo entender dentro de nuestra misión este esfuerzo de reconstrucción, desarrollo social, económico, político y quizá sobre todo cultural?

Respecto a este sector de la misión de la Compañía, me he planteado como Provincial una serie de cuestiones urgentes que piden respuesta y que quisiera compartir con vosotros.

**El vínculo entre la acción y la reflexión en el campo social** no es claro en absoluto y requiere nuevas bases y nuevos puntos de contacto.

Me ha complacido mucho saber que los encuentros preparatorios de este Congreso realizados en las distintas Asistencias han sido también ocasión para iniciar el diálogo entre «la cabeza» y «los pies», es decir entre los que formulan teorías y los que trabajan sobre el terreno, entre los que piensan críticamente y los que actúan en lo social.

El diálogo entre centros culturales y centros de servicio social, el diálogo entre los que actúan y los que reflexionan, me parece algo indispensable para dar un nuevo impulso a nuestro apostolado social. Pero no es todo.

Es preciso comprender **qué relación** guardan estas iniciativas **con la proclamación del Evangelio**. No es siempre fácil colocar una acción y una reflexión por la justicia en una perspectiva de fe y una reflexión teológica, considerados los complejos problemas que hay que afrontar concretamente todos los días: con harta frecuencia nos hemos limitado en este tema a palabras meramente retóricas.

La proclamación de la Buena Nueva a los pobres puede tener muchas dimensiones — caridad, justicia, estructuras, pensamiento, cultura, solidaridad — y debemos lograr no descuidar en la práctica ninguna de ellas. Tenemos necesidad de «cabezas» y de «pies», ¡además de muchas otras cosas!

¿Qué puesto corresponde a la cultura en la relación entre fe y justicia? ¿Qué significa — para usar las palabras de la Conferencia Episcopal Italiana — «hacer cultural y socialmente relevante el mensaje evangélico y aportar así una contribución válida al futuro de nuestro país»?<sup>10</sup>

Se nos pide hacer espacio para la Buena Nueva en las culturas en vista de una liberación integral del hombre.

**Con una acción de tipo social se hace también cultura**, lo importante es ser conscientes de ello.

Por tanto es necesario preguntarse continuamente: ¿qué estamos en realidad proponiendo a la sociedad? ¿Qué cultura estamos promoviendo? ¿Qué estamos comunicando, la Buena Nueva o una u otra de las ideologías en las que estamos siempre inmersos, quizá sin darnos cuenta?

Todas estas preguntas, lejanas aún de encontrar respuesta definitiva, nos muestran claramente la importancia e inevitabilidad de repensar nuestro modo de hacer acción social. La meta, el objetivo hacia el que caminamos es anunciar el Reino, hacer cultura, reconstruir la sociedad. Las tres cosas pueden considerarse como sinónimos: anunciar el Reino, hacer cultura, reconstruir la sociedad.

Mis preguntas como Provincial no concluyen aquí.

Pensamos en la CG 32 y en particular en el decreto 4: «La promoción de la justicia no constituye tan sólo, para nosotros, un campo apostólico entre otros, el del apostolado social: debe ser

---

<sup>10</sup> Nota Pastoral de la CEI, *Con il dono della carità dentro la storia*, n.25.

una preocupación de toda nuestra vida y constituir una dimensión de todas nuestras tareas apostólicas» (n.47).

Como Provincial tengo una amplia responsabilidad sobre esta dimensión que debería comprometer la vida entera de todo miembro de la Compañía y todo nuestro apostolado. No me perderé en detalles; permitidme sugerir al menos dos importantes cuestiones.

Varias veces las Congregaciones y todos nuestros documentos estimulan e impulsan a cada compañero y a toda la Compañía a desarrollar la sensibilidad social y la atención a los pobres en la misión y en el estilo de vida. Quizá esta misma insistencia hace sospechar que no todo va como debería.

Los pobres, si están lejos de los ojos, poco a poco se alejan también del corazón. ¿Cómo podemos mantener viva en nuestra realidad la cercanía y la solidaridad con los pobres? ¿Por qué es tan difícil afrontar en nuestras obras y comunidades los temas de la pobreza, la justicia, la cultura y el diálogo?

Por lo que respecta a los escolares, aunque no todos recibirán la misión del apostolado social, también ellos deben ser ayudados a descubrir y vivir la dimensión social.

¿Qué formación prever para ellos en el campo sociocultural? ¿De qué estímulos servimos para una reflexión intelectual? ¿A qué tipo de estudios especiales encaminarles? Con seguridad, no se trata sólo de multiplicar las experiencias, sino de promover una integración real, un nuevo estilo de vida.

De hecho los programas de formación están siendo revisados en estos últimos años. Pero si las comunidades «adultas», las de los formados, y las obras apostólicas mismas no cambian, los escolares, después de haber percibido y vivido durante la formación valores como compartir con los pobres y sentirse parte de la realidad social circundante, estarán prontos a olvidarlos apenas hechos los últimos votos.

Como sabéis, una de las responsabilidades del Provincial es fijar algunas necesidades prioritarias — estableciendo tiempos, modos y lugares — en que invertir las fuerzas vivas disponibles. Por tanto tengo necesidad del apoyo especial de muchos jesuitas para iniciar una seria operación de discernimiento que alimente un impulso apostólico renovado y vigoroso.

De esta semana de Nápoles saldrán sin duda elementos y sugerencias válidas. Me dirijo confiado a los del sector social y os pido ayuda para encontrar los caminos a seguir para estimular nuestra cercanía con los pobres, para poder potenciar en todo nuestro apostolado la atención a los marginados y a la nueva pobreza, para rediseñar nuestro estilo de vida comunitaria, y para hacer frente a todos los desafíos que conlleva una nueva planificación apostólica. ¡Cuento con vosotros!

### **3. Como compañero jesuita...**

He querido hablaros con franqueza y sencillez y confío que éste será el estilo con que procederéis estos días; pero quiero concluir esta intervención mía hablándoos con el «corazón», como compañero jesuita que siente la necesidad de dar cuenta de sí mismo y de la propia vida.

Antes de ser nombrado Provincial (hace sólo nueve meses), he trabajado más de veinte años en el campo de la pastoral universitaria. Mi primer destino, inmediatamente después de la ordenación sacerdotal, fue el mundo universitario en L'Aquila. Era al comienzo de los años 70. Algunos de vosotros habréis vivido personalmente este período, otros habréis oído hablar de él; seguramente recordaréis la energía y la esperanza, los fermentos de cambio radical que animaban la universidad, la Iglesia y la sociedad. En aquellos años los decretos de la CG 32 nos estimulaban a la opción preferencial por los pobres y tratábamos de ponerla en práctica no sólo en la India y América Latina sino aquí mismo en Italia.

Por entonces en L'Aquila, en el ghetto Lazzaretto, cerca del cementerio, en un convento abandonado se habían instalado algunos «sin techo», en una situación de promiscuidad y de suciedad verdaderamente indescriptible. Sus condiciones de vida desde el punto de vista higiénico eran inhumanas — alguno diría repugnantes — y vivían en el margen extremo de la sociedad «normal».

Pero se había creado entre ellos, a su manera, un clima de socorro mutuo, una especie de «solidaridad entre pobres»: estaban juntos y se cuidaban mutuamente.

En un cierto momento un compañero jesuita se dio cuenta de ellos, se les acercó y finalmente fue a vivir con ellos durante algunos meses. Su objetivo era sensibilizar la ciudad a la situación de aquellos marginados para que pudiesen reintegrarse en el tejido social. Los jesuitas jóvenes lo apoyábamos desde fuera tratando de llamar la atención del mundo académico de L'Aquila, de la Iglesia y de toda la ciudad, exponiendo la situación y haciendo presión para una solución. Estábamos obsesionados con esta iniciativa. Por fin el municipio encontró una solución, tal y como habíamos querido e insistido: instaló a aquellas personas en casas populares, limpias, normales. Pero esta solución firmó su fin: acabaron separados los unos de los otros, dispersos, aún más marginados que antes, en pisos anónimos. En el espacio de pocos años murieron uno después de otro.

Fue una historia dramática, triste, compleja.

Viví aquella experiencia de manera lacerante, hasta el punto de cuestionar mi identidad de sacerdote (apenas me había ordenado) y de creyente. «¿Qué sentido tiene — me preguntaba — lo que hago?» En este estado de confusión pedí adelantar la tercera probación, lo que fue verdaderamente providencial.

Mirando atrás, hoy veo con más claridad que para nosotros aquellos sin techo habían perdido toda dimensión humana y estaban reducidos a mera categoría política o sociológica. El entusiasmo por la justicia social tal como nosotros la entendíamos nos había hecho perder de vista la perspectiva más amplia, y el bien que pretendíamos se frustró.

Éramos un grupo de jesuitas muy activos y nos habíamos metido en una acción social, pero sin el apoyo de compartir un verdadero análisis y reflexión crítica. Habíamos querido aplicar a aquellos pobres nuestro ideal de justicia social (una verdadera casa, una casa limpia) sin preguntarnos si este podía ser compartido por ellos. Habíamos hecho de aquellos pobres nuestra bandera, la causa por que combatir y sentirnos satisfechos, aunque inconscientemente. Les habíamos quitado su sacramentalidad, su ser encarnación de Cristo. El pobre se había convertido para nosotros en un ídolo, un fetiche, no ya el sacramento de Jesús.

Ahora, a la distancia de años, veo más claramente que la **opción preferencial por los pobres** que con tanto entusiasmo quisimos seguir, no estaba acompañada de la **opción contemplativa por Cristo**; había una unión política con los pobres, pero no una unión real con el Señor.

Esta mi historia, que llevo en el corazón como jesuita y que me viene a la mente con frecuencia, permanece un poco amarga en el fondo, y me complazco de poder compartirla con vosotros. He querido contárosla para animaros a preguntaros continuamente sobre estas cuestiones profundas aún por resolver; a redescubrir las raíces y a repensar los elementos base de nuestro compromiso social.

#### 4. ¡Bienvenidos a Nápoles!

Se podría pensar en este Congreso como en una especie de año de tercera probación del apostolado social: ¡una escuela del afecto, un nuevo punto de partida, un nuevo compromiso!

En esta semana, aquí en Nápoles, tendremos la oportunidad, para nosotros preciosísima, de intercambiar nuestras experiencias, de preguntarnos juntos y encontrar respuestas, aprendiendo a dialogar en el recíproco respeto.

Me alegro de poder escucharos, de poder pensar, discutir, orar con vosotros.

Si como sector social alcanzáis algunas de las metas y objetivos de este Congreso, sobre todo en el largo y duro trabajo con los pobres de vuestros países y provincias de origen, entonces habréis ayudado a la misión de todo el cuerpo de la Compañía.

Todo esto me motiva y entusiasma como jesuita y como Provincial: quisiera que este Congreso esté animado de espíritu de búsqueda continua, llevada adelante con valentía y humildad.

Renuevo a todos vosotros mi bienvenida a Nápoles, a la Provincia de Italia, al Congreso del Apostolado Social.

Siguiendo el ejemplo de San Francisco de Gerónimo, pidamos al Señor que abra nuestros ojos, oídos y corazones para poder renovar profundamente esta maravillosa misión El que nos ha confiado.

Con la intercesión de San Francisco de Gerónimo, deseo para mi y para todos vosotros el buen éxito de nuestro Congreso, que declaro oficialmente abierto.

16 de junio de 1997

+ + + + +

## Un amor pascual por el mundo»

Apuntes preparados para el 20 de junio de 1997

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

Una de las gracias de esta reunión es que no se siente obligada a redactar un documento final. De esta forma cada uno de nosotros ha podido contribuir al proceso naciente para llegar, con la gracia de Dios, a fijar las características del apostolado social de la Compañía en el año 1999. Así también estas pocas palabras son una aportación más al trabajo en curso y quieren ser más que nada un gesto de gratitud por todo lo que habéis dicho, y sobre todo hecho, en un campo apostólico que seguirá estando con frecuencia bajo sospecha y que será siempre difícil y poco comprendido.

Es normal que en este momento yo piense en tantos jesuitas que aún se sienten incómodos con esta orientación de la Compañía. En uno de los informes preparatorios habréis podido leer: son muchos los que, aun viendo con buenos ojos que el jesuita haga acción social directa, reconocen que ellos mismos no se sienten capaces de estar en primera línea. Los hay también que temen los efectos de la acción social y abrigan sospechas sobre los motivos que impulsan a algunos a ésta. Además, a los jesuitas sociales se les acusa a menudo de descuidar la dimensión de la fe. Por desgracia no han podido asistir a este Congreso y sobre todo a las liturgias.

Estas incomprendiones al interior mismo de la Compañía me hacen pensar en tantos reproches como se oyen de autoridades eclesiásticas y civiles estos últimos tiempos. Así, el embajador convencido de que la Compañía ha traicionado su vocación auténtica al comprometerse por los pobres: «Padre mío, ¿no es cosa que les toque!». O el responsable eclesiástico que declaraba que el sacerdocio es incompatible con el compromiso social; menos mal que suscitaba fuertes protestas de ciertas Conferencias episcopales. Así también la denuncia de que toda una Provincia había cambiado la Santísima Trinidad en trinidad social, a saber, en inglés, «*watershed, herbal medicine and legal aid*», trabajando con una y silenciando la otra. ¿Qué decir de una carta que pide que no se lleve adelante la causa de canonización del Beato P. Hurtado de Chile porque estaba demasiado implicado en una acción social que debe seguir siendo campo exclusivo de los cristianos laicos? ¿Cómo reaccionar ante un documento que va corriendo desde hace un mes en las Américas, en el que se afirma que toda la educación de la Compañía — incluida la de la Universidad Gregoriana — no busca sino minar la Iglesia? Y sin embargo el mismo Santo Padre no deja de recordar la dimensión social de nuestra fe y de subrayar el carácter asimismo social de todo año jubilar.

No hay duda que cometemos errores y que como en toda empresa nueva tenemos mucho que aprender a nuestro propio riesgo, pero toda esta incomprendión en torno a la promoción de la justicia no parece que disminuya, probablemente — como ha dicho bien el P. Matthew Areeparampil en su meditación sobre las Dos Banderas — porque esta justicia por el Reino toca lo que tenemos de más querido, nuestra riqueza, nuestros bienes. Sobre este telón de fondo es que quisiera hacer unas pocas observaciones que de ninguna manera constituyen un documento final y oficial.

## 1. Historia de nuestro compromiso jesuita por la justicia

Ignacio y los primeros compañeros oyeron el clamor de los pobres muy naturalmente y, huelga decirlo, muy espiritualmente. Era inconcebible presentarse como compañeros de Jesús sin asumir su amor preferencial por los pobres. Ignacio escribía a los jesuitas de Padua que nuestro compromiso de seguir al Señor pobre nos hace de manera del todo natural amigos de los pobres.

Nuestros tres compañeros que este año celebramos de modo particular – Juan Francisco Régis, José de Anchieta y Pedro Canisio – son apóstoles excepcionales y están al mismo tiempo y con toda naturalidad insertados en la condición miserable de los pobres de su tiempo. No lo están sólo por medio de una caridad limosnara que da a izquierda y derecha en contacto directo con la miseria: intervienen a nivel de sociedad, organizando la beneficencia y el trabajo, creando asociaciones para la defensa de los pobres e interviniendo en cuestiones económicas o en discusiones, por ejemplo, sobre el derecho a hacer fructificar un capital. Al mismo tiempo, Pedro Canisio, consciente como los otros y como nosotros mismos, de la pequeñez de tales acciones, expresa ya en una homilía sobre la multiplicación de los panes su convicción de que nuestro compromiso social, que nunca irá más allá de los pocos panes y peces que podamos proveer, provocará el milagro a condición de que pongamos en ello todo nuestro corazón.

Nuestros predecesores parecen acercarse a los pobres de manera totalmente natural y espiritual y responder generosa, e incluso radicalmente, a sus flagrantes necesidades. Ignacio y muchos santos venidos después de él nos exhortan no sólo a abrir las manos a los pobres sino también al mismo tiempo ofrecerles nuestro corazón. Pero es preciso añadir que, desde nuestro punto de vista, hoy las cosas parecen mucho más complicadas y somos más conscientes del peligro de resignarnos a una situación que parece desesperada, porque siempre habrá pobres, como somos también conscientes del peligro de ahogar la justicia en una caridad aparente.

Con el mismo enfoque natural y espiritual y con la misma tranquila fuerza, el Padre Juan Bautista Janssens promulgó el 10 de octubre de 1949 su *Instrucción sobre el Apostolado Social*<sup>1</sup>. Esta Instrucción, que ha dado origen a tantos centros de investigación y acción social en la Compañía, y el decreto 32 de la Congregación General 31, que retoma sus orientaciones, promovieron vigorosamente la acción social. Este apostolado está llamado a animar las estructuras sociales – ya reconocidas implícitamente como poco humanas y aun inhumanas – y, por la fuerza de las cosas, a transformarlas.

La Instrucción de 1949 y el decreto de 1965 tienen como blanco la humanización de la vida social como testimonio de la importancia del Evangelio en el mundo actual, aunque aún no se habla de estructuras injustas o, como ha dicho el Papa, estructuras de pecado. Ambos textos consideran la actividad social como un sector particular de la Compañía entre las prioridades apostólicas, si bien utilizan ya la fórmula «esta dimensión social de todo nuestro apostolado de hoy».

Ambos documentos revelan una aguda conciencia de los riesgos en juego. La preocupación evangélica de la que fluye toda forma de apostolado de la Compañía impone la necesidad de «evitar diligentemente que el apostolado social no pueda reducirse a una actividad puramente temporal, tanto más cuanto que en estas actividades influyen a menudo en los hombres ideologías unilaterales y vehementes pasiones» (CG 31, D.32, n.3).

---

<sup>1</sup> *Promotio Iustitiae* 66 (febrero de 1997).



Fue precisamente el clamor apasionado y urgente de los pobres el que empujó a la Compañía al decreto 4 de la Congregación General 32. Este clamor se hizo oír en el grito del Padre Arrupe ante los Antiguos Alumnos de la Compañía reunidos en Valencia, España (1973). «Si damos a la palabra «justicia» y a la expresión «educar para la justicia» todo el sentido que están tomando hoy en la Iglesia, yo creo que debemos responder con toda sinceridad y humildad: no, no os hemos educado para la justicia». Aquel discurso no cayó bien y el presidente de los Antiguos Alumnos dimitió. Pero había nacido la exigencia de ser hombres para los demás.

El apasionante debate y la creciente tensión se hacen sentir asimismo en la Compañía cuando prepara la congregación. La India denuncia el pecado que marca las realidades sociales; en nombre de Dios exigen no sólo el paliativo de la asistencia social sino la transformación radical y rápida de una revolución no violenta. Consiguientemente, un postulado modelo de México exige que todas las deliberaciones de la Congregación General se sitúen en esta perspectiva de una opción fundamental.

En lenguaje no menos apasionado y polémico se hace sentir una reacción: «El Evangelio es conversión al Padre ... no a la sociología. Deberíamos ser más sacerdotes que sociólogos». Pero no son estos temores los que se llevan la palma en los momentos decisivos de la historia de nuestra misión.

Por medio del decreto 4, la Congregación General 32 hará su opción decisiva, prevenida por el Padre Arrupe sobre el precio a pagar: «No trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio» (n.46). He ahí la nueva opción que conjuga servicio del Evangelio, trabajo por el Reino de Dios, lucha contra la pobreza y la injusticia en el mundo. Esta opción no será desmentida jamás. Veinte años después, la CG 34 renueva «nuestro compromiso en pro de la promoción de la justicia como parte integrante de nuestra misión, tal como fue extensamente formulado por la CG 32 y la CG 33» (D.3, n.3).

Entonces, ¿nada ha cambiado? La misma CG 34 responde a esta pregunta observando que la lucha por la justicia tiene un carácter histórico que se despliega gradualmente frente a las necesidades cambiantes de las culturas, las épocas y los pueblos particulares (D.3, n.5). Poco a poco, y este Congreso lo demuestra, la Compañía ha tomado conciencia de otras dimensiones de la lucha por la justicia (n.6), y de ahí una grande diversidad de desafíos y consecuencias.

Hacemos bien en buscar en Ignacio el origen histórico de nuestro compromiso por la justicia, para descubrir el hilo no interrumpido de inspiración hasta el decreto 4, que es también una opción decisiva y una ruptura y una razón para creer que eso es lo que Ignacio hubiera hecho en nuestro tiempo. Pero ¿qué aprendemos de esta relectura poco fácil que quiere recuperar nuestro origen y nuestro camino?

Repetir lo que nuestros padres Ignacio, Janssens o Arrupe han hecho es justamente lo que ellos no hubieran querido, tanto menos utilizarlos para justificar nuestros prejuicios. A estos Padres ni les paralizó la enormidad de las necesidades y problemas de su tiempo, ni los limitaron las soluciones ya experimentadas, ni les escandalizaron las imperfecciones (para no decirlo...) de los constituidos en autoridad. Honrarlos e imitarlos aprendiendo de ellos consiste en lo siguiente: profesar un compromiso por la justicia hacia los pobres de manera eficaz y profundamente jesuítica en la mejor comprensión posible de la sociedad y de la cultura contemporánea.

## 2. Una espiritualidad y una conversión encarnadas

Al renovar nuestro compromiso «a promover la justicia como parte integrante de nuestra misión», el mismo decreto 3 de la CG 34 insiste sobre otro punto. Más aún que el decreto 4, explica hasta qué punto «la noción de justicia que nos guía está íntimamente ligada a nuestra fe» y «profundamente arraigada en las Escrituras, en la tradición eclesial y en nuestra herencia ignaciana. Trasciende las nociones de justicia provenientes de ideologías, filosofías o movimientos políticos particulares, que jamás podrán llegar a ser expresión adecuada de la justicia del Reino, en pro de la cual se nos llama a luchar» (n.4). ¿Por qué esta insistencia? A manera de respuesta, el decreto dice en otro pasaje que «la promoción de la justicia ha quedado a veces separada de su auténtica fuente, la fe» y habla de nuestro dogmatismo, ideología, timidez y resistencia a «la medida plena exigida por nuestra misión de fe que busca la justicia» (n.2).

Plantear estos problemas que parecen pertenecer al orden espiritual, ¿no es debilitar el decreto 4, como tantos jesuitas han afirmado después de la reciente Congregación General? Los teólogos latino-americanos no cesan de repetir que la liberación no es únicamente cuestión de eficacia temporal ni de ética: representa fundamentalmente un problema de espiritualidad. Espiritualidad, ciertamente; pero la verdadera espiritualidad no se sitúa al nivel de una piedad abstracta e ineficaz, de un sentimiento que se deja tocar por el sufrimiento sin reaccionar, de una elaboración simpatizante de las teorías sobre la situación injusta del mundo, ni de una piedad que se sirve de la ocasión ofrecida por el pobre para unirse al Señor. Se trata de una espiritualidad que se vive al interior del compromiso social, siguiendo a Jesús a la manera del Evangelio. Para decirlo con las palabras de Monseñor Romero, el arzobispo asesinado del Salvador, «Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aún dar la propia vida»<sup>12</sup>.

El Padre Arrupe llegó por otro camino a la misma convicción concreta de que el compromiso social es en el fondo una cuestión de espiritualidad encarnada. Por una parte, admiraba el progreso científico y tecnológico del mundo con el poder humano para resolver sus problemas de miseria que implica, y constataba por otra que, con estos poderosos medios a su disposición, la humanidad no parece querer poner fin a tanta miseria y pobreza, paralizada por egoísmos e intereses particularistas. Se comprendió más radicalmente que la pobreza no es natural sino que, aun no siendo siempre producto directo de la voluntad humana, «el hombre puede hoy día» remediarla, «pero no lo quiere de verdad» (CG 32, D.4, nn.20,27). La pobreza y la miseria nunca reciben una palabra de complacencia en los evangelios: son no-valores que simplemente no deberían estar ahí y no expresan en absoluto la voluntad del Creador.

Existe hoy una nueva especie de pobreza «complaciente», denunciada por los provinciales de América Latina en su carta sobre el neoliberalismo<sup>13</sup>: se cree «normal que millones de hombres y mujeres del continente nazcan y mueran en la miseria». El crecimiento, «cuando sea sustancial, aumentará los niveles de los réditos y acabará por resolver la situación de los desfavorecidos». Pero la pretensión de que «el empobrecimiento de millones de latino-americanos sea un costo irremediable de un futuro crecimiento» es una racionalización que los provinciales, y no son ellos solos, «nos resistimos a aceptar tranquilamente».

---

<sup>12</sup> Oscar A. Romero, *«Cese la represión!»*, Madrid: IEPALA, 1980, p.117.

<sup>13</sup> «Carta y Documento de trabajo sobre el Neoliberalismo en América Latina», *Promotio Iustitiae* 67 (mayo de 1997).

Entonces, no es en absoluto indiferente que la persona humana se calle por uno u otro espíritu, una u otra espiritualidad. No es un lujo ni un deseo piadoso que la reciente Congregación General proclame que la promoción de la justicia requiere ante todo nuestra continua conversión personal (D.3, n.17). La espiritualidad encarnada ha escogido a Cristo, que se identifica con los pobres y desea ser acogido y servido en los pobres para que el pobre sea respetado y ayudado. Sólo a este título podemos proclamar la bienaventuranza de la pobreza.

### 3. Historia actual, sus características y dificultades

Pero es preciso ir más lejos. El movimiento social desatado en la Compañía por el Decreto 4 fue suscitado sin duda por una mirada de compasión y solidaridad a la flagrante injusticia que reina en el mundo y por la escucha al clamor de los pobres. Pero esta opción no sería posible sin una visión pascual, sin una visión optimista de la historia, sin una dinámica de apertura a un mundo que se deja transformar y puede ser transformado. Es una gran suerte que en este Congreso, a pesar de las difíciles situaciones que conocéis de cerca, se hayan pronunciado tantas palabras de optimismo y de esperanza. Ello no sería posible sin una visión pascual sobre la promoción de la justicia.

No obstante, esta apertura al mundo no debe ocultarnos toda una serie de decepciones en el entusiasmo provocado por el Decreto 4. La Congregación General sigue fiel a su opción optimista: «Para nosotros, las fronteras y los límites no son obstáculos o términos, sino nuevos desafíos que encarar, nuevas oportunidades por las que alegrarse» (D.26, n.27).

Lógicamente la Congregación General enumera entonces una serie de situaciones críticas que afectan a centenares de millones de hombres y exigen por parte de la Compañía una atención especial. La marginación de Africa, la parálisis económica y social de la Europa oriental, los pueblos indígenas, los excluidos del continente de Asia meridional, los refugiados y desplazados de aquí y allá (D.3, nn.11-16).

En los cinco días del Congreso habéis planteado cuestiones decisivas como las siguientes:

¿Por qué las decepciones de América Latina después de tantas esperanzas suscitadas por las teologías de la liberación?

¿De dónde proviene la imposibilidad de tantas naciones jóvenes, finalmente liberadas del yugo colonial o dictatorial, de salir del estado desesperado del subdesarrollo?

Los antiguos oprimidos ¿no se transformarán rápida y aun inevitablemente en nuevos poderosos que causarán a su vez nuevas injusticias?

¿Por qué, a pesar de todas las teorías económicas y financieras, los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres?

¿No hay que hacerse también preguntas desde el punto de vista eclesial y confesar que la apertura de la Iglesia desde el Vaticano II al mundo ha dado lugar con frecuencia a una secularización galopante, probablemente también porque apenas se ha conjugado el genio de la apertura con la fuerza de proposición del Evangelio? De ahí un viento de restauración, que prefiere un cristianismo separado de la realidad social; de ahí el resurgir de una mística antisocial y hasta desencarnada en nuevos movimientos y sectas modernas.

No obstante su optimismo fundado en su esperanza y no obstante su decisión de no hacer marcha atrás, la Congregación General se atreve a mirar la realidad de frente y, siempre fiel a su apertura y confianza en el mundo, reconoce que el don de Cristo de que es portadora va al encuentro

de «un mundo seducido por una autorrealización egoísta, el lujo y la vida cómoda, un mundo que aprecia el prestigio, el poder y la autosuficiencia. En un mundo así, predicar a Cristo pobre y humilde con fidelidad y valor conlleva esperar humillaciones, persecución y hasta la muerte. Lo hemos visto en nuestros hermanos bien recientemente» (D.26, n.5).

#### 4. El mundo, ¿sí o no?

En la experiencia de nuestro compromiso social en nombre del Evangelio, comprobamos que un «sí» sincero al mundo no se da por descontado. Creer en el hombre y amar el mundo no es cosa fácil porque exige la fuerza para decir «no» y la luz y discernimiento para saber cuándo hacerlo. El pecado puede filtrarse en todo lo que es valor positivo. La corrupción natural en el mundo (aun en los campos de la caridad y del desarrollo, de las organizaciones no gubernamentales y de los movimientos sociales) que todos podemos conocer por propia experiencia no debería ser razón para dejar de esperar contra toda esperanza, para resignarse a un trabajo sin fruto.

El decreto 3 de la reciente Congregación General respira un entusiasmo y un optimismo innegables: «Por encima de todo, debemos proseguir nuestra andadura hacia el Reino con gran esperanza» (n.24). En esta esperanza nuestra misión en favor de la justicia, la cultura y el diálogo nos empuja a una proximidad que cuida de llegar a lo cotidiano de la vida de las personas, de estar otra vez como los primeros jesuitas en la calle, en el centro de nuestras ciudades, para descifrar en el mismo corazón de la existencia de las personas los signos de los tiempos, los signos de la acción del Espíritu. Si Dios ama el mundo, nuestra misión con las personas debe revelarles que en todas las dimensiones de su existencia están ya en contacto con Dios, lo sepan o no. Por esta razón, el llamamiento a la misión en el sentido ignaciano es un llamamiento a comprometerse en el mundo y no a romper con él, un llamamiento a abrirse ampliamente a una humanidad en la que Dios actúa en todas las cosas, laborando por la salvación de todos (D.26, n.7). Evocar de esta forma la dinámica de la apertura, que es la de la solidaridad, equivale a dar las gracias a tantos jesuitas y no jesuitas que, con el inevitable riesgo de la connivencia, han logrado que la Iglesia del Señor haya sabido hacerse de nuevo fraternal y acogedora de la vida de los pobres y trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano (*Gaudium et Spes*, 57).

Estamos llamados a ir hasta el fondo de nuestra apertura al mundo, de nuestro «sí» al hombre. La fe que ama el mundo se mecería en la ilusión si, para ayudarlo, hiciera falta no ver el pecado de que está marcado. Tal amor ciego no sería digno de fe: no sería más que un sentimiento incapaz de mantener sus promesas. No es ése el amor del que vive la fe. Es un amor pascual en el que el «sí» al mundo se atreve a afrontar el «no» del mundo. Sin el amor de Cristo crucificado, la apertura al mundo se cerraría ante el pobre en quien, en una perspectiva humana, no hay nada bueno que ver y todo es despreciable (Isaías 53). Por eso, si nuestro compromiso social es auténticamente jesuita, propio de un compañero de Jesús, comparte con Cristo toda su fe en el hombre y su mundo, toda su mirada de amor a la humanidad en este mundo, aun cuando la gratuidad de esta fe y el don de este amor terminan pagando el precio de la cruz.

## 5. La justicia no calla acerca de Dios

¿Qué es la justicia? ¿No hay que decir que la justicia calla acerca de Dios y entonces que nuestro trabajo por la promoción de la justicia es un trabajo secularizante, puramente profesional?

La justicia proviene de la fe como un fruto necesario, y la CG 33 las hace no dos fines que «se yuxtaponen ni mucho menos se contraponen» (n.42), sino «una condición para la credibilidad de la fe»; «la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige» (CG 32, D.2, n.2), «el camino hacia la fe y hacia la justicia son inseparables» (n.8). Todo lo que han afirmado las Congregaciones Generales 32 a 34 es verdad y hoy se afirma aún más, pues a la luz de nuestra experiencia aprendemos que la justicia como justicia nacida verdaderamente de la fe rinde igualmente testimonio de la fe.

La fe en Dios y en su bondad, Cristo presente y trabajando en el mundo: todo esto nos lleva a responder con un compromiso por la justicia y, haciendo esta justicia, damos testimonio de una manera distinta de vivir, damos testimonio de la presencia de un Dios amante y salvador. «Nuestro compromiso por la justicia será inseparablemente manifestación del Espíritu y de la fuerza de Dios» (CG 32, D.4, n.33). Así, la fe que hace la justicia conduce a la justicia del Evangelio, que a su vez aporta la Buena Nueva a la que las gentes responden ... dinámica circular y recíproca en la cual, idealmente, se hace cada vez más difícil, en la práctica, distinguir los polos.

¿Cómo, pues, la promoción de la justicia dice algo de Dios? Los primeros habitantes de esta ciudad de Nápoles sabían ya que la justicia más justa puede convertirse fácilmente en la más crasa injusticia. Una justicia dejada a sí misma no abre la puerta al justo sino en Dios. No cualquier justicia, sino la que es evangelizada por el mandamiento nuevo y lleva visiblemente sus señales. Siendo generoso, gratuito, inclusivo, autocrítico, dándose y sacrificándose, transformante y transparente, cargado de valores, en una palabra, caritativo: el servicio jesuita de la fe y de la promoción de la justicia «expresan un único movimiento del espíritu que se funda radicalmente y se unifica por la fuerza de ese amor a Dios y al prójimo que constituye el primero y único gran mandamiento» (CG 33, n.42).

La promoción de la justicia marcada por el mandamiento nuevo «responderá a las más profundas interpelaciones de los hombres: no solamente necesidad de pan y exigencia de libertad, sino también búsqueda de Dios mismo y de su amistad para vivir como hijos suyos» (CG 32, D.4, n.33) dando a Dios su lugar en la vida de los hombres.

La justicia que da un puesto a Dios y dice algo sobre él «ayuda a los hombres a abrirse a Dios y a servir según todas las exigencias e interpelaciones del Evangelio» (CG 32, D.4, n.18), como individuos y como grupos, en la cultura y estructuras de la sociedad. «Este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida» (n.46).

Porque si nuestro trabajo no es expresamente para «la justicia del Reino», entonces ¿qué valores transmitimos? Cuando la gente ve nuestras buenas obras sociales, ¿nos reconocen como hombres de Dios? (Ayer habló de esto muy claramente el P. Hermann Bacher). Según el contexto histórico, cultural y religioso, podemos y debemos, como «luz del mundo» que somos, utilizar explícitamente las palabras y símbolos de la fe; pero el Evangelio habla muy claramente de la «sal de la tierra» y nos dice que podemos no hacerlo. De todas maneras la sal, perdida en la tierra, hace su trabajo. Indudablemente la promoción de la justicia del Evangelio no debería nunca confundirse con

el proselitismo tan en voga en ciertas sectas. Pero por otra parte el temor o el riesgo de ser acusados de proselitismo no nos excusa de guardar sistemáticamente escondida nuestra fe, de ocultarla, privatizarla u omitir la comunicación de nuestra convicción profunda. Si la gente nos pregunta, tiene el derecho de saber por qué luchamos de esta manera por ellos. Y cuando hacemos justicia, tanto mejor si alguno puede descubrir y decir: «Su Dios debe ser bueno, puesto que él es bueno; su Dios debe ser justo, puesto que así él se compromete en la promoción de la justicia».

Después de afirmar la finalidad de la Compañía — «emplearse en la defensa y dilatación de la fe y doctrina cristianas» — la Fórmula «precisa un conjunto de actividades destinadas a alcanzar dicha meta» (CG 34, D.2, n.7).

Entre ellas los ministerios parroquiales o pastorales que se ocupan de los fieles y los confirman en la fe representan **una** manera de servir la fe y también de promover la justicia. Pero la promoción de la justicia está intrínsecamente ligada no a estos ministerios sino a la vocación y misión de toda la Compañía, la proclamación de la fe, la misma evangelización, que la promoción de la justicia como tal realiza de una manera propia.

En resumen, la promoción de la justicia, junto con la comunicación de la fe, la transformación de la cultura y la colaboración interreligiosa (D.2, n.19), son aspectos — puntos de entrada — de **una sola y única** misión de llevar la Buena Nueva al mundo, de contribuir a la liberación y salvación del hombre.

## 6. Predicar en pobreza

Por último, un problema que no me deja tranquilo — y que me he alegrado que lo hayan planteado algunas preguntas, hechas a veces directamente al General — y es el de esta palabra de San Ignacio que nos gusta repetir con frecuencia: «predicar en pobreza».

Si nuestra promoción de la justicia quiere ser evangélica, marcada por el mandamiento nuevo y expresión de la Buena Nueva, ¿qué decir de los otros puntos de referencia del apostolado de la Compañía, de nuestras características como la competencia fundada en una larga y costosa formación, «la ciencia» y el profesionalismo, la planificación y la estrategia efectivas? ¿No está esto en contradicción abierta con nuestro seguimiento de Jesús pobre que trabajaba con medios pobres, que predicaba en pobreza? ¿No está en contradicción con lo que nos pide San Ignacio? «Predicar en pobreza» se realiza paradójicamente también al luchar en pobreza, con toda la competencia y profesionalidad, con toda la planificación eficaz y toda la estrategia indispensable, porque los pobres merecen tener lo mejor, el *magis* de nuestro esfuerzo. Pero estos grandes medios los usamos no para nosotros mismos sino siempre con la generosidad, gratuidad y no violencia que marcan el compromiso hasta el fin en servicio de los demás sin vueltas, sin compensación. Sobre este punto hay aún mucho que discutir y que decidir. La verdadera paradoja de nuestro apostolado se sitúa entre el trabajo por la justicia social y culturalmente eficaz y el trabajo por la justicia evangélicamente expresivo de la Buena Nueva.

Contamos con la no violencia y la gratuidad; acompañamos a los pobres y les animamos: «predicamos en pobreza»; ponemos nuestros corazones en panes y peces nuevos (Canisio) y terminamos no con los ganadores sino con Cristo y los pobres. Nuestra respuesta es una respuesta pobre, mientras que compartimos gozosamente las «victorias» del pueblo.

Abatir con corazón de pobre la injusticia que fabrica los Lázarus del mundo significa estar abierto a la realidad de que el hombre no vive de solo pan, que no es sólo una exigencia socio-política. El hombre tiene también hambre de cultura y, en fin de cuentas, tiene hambre de una palabra de Dios. Acoger esta verdad humana parece, a primera vista y según un criterio humano, empobrecer el combate por la justicia. Nada extraño, pues, que la apertura de la Congregación General a toda esta realidad de la persona humana pueda dar la impresión de diluir la importancia del compromiso por la justicia. El combate por la justicia no debe nunca renunciar a los resultados objetivos y los medios concretos; debe aspirar a obtener en servicio de los pobres todo aquello que es posible, y la Compañía debe mantener la expresión «promoción de la justicia» a pesar de todas sus complicaciones y ambigüedades de orden lingüístico, bíblico, teológico, para expresar un compromiso resuelto, concreto y real; si no, la conciencia concreta de la injusticia se perderá en la Compañía.

No obstante, tanto el que hace el combate como aquél por quien se combate deben abrirse a través de la justicia buscada a la evangelización, concretamente, en colaboración con todos sus compañeros jesuitas, hermanos también en todos sus emprendimientos. Hay ahí una especificidad del compromiso social jesuita que la Compañía no reclama en exclusiva para sí pero que asume como la respuesta a un llamamiento de su Señor, realizada en fidelidad a su espiritualidad ignaciana, en escucha del discernimiento de las Congregaciones Generales, y en generosidad no para con el éxito de la lucha sino con Cristo para la bienaventuranza de la persecución. «Dichosos los que sufren persecución por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5,10).

## 7. La misión

Quiero daros muchas gracias a todos por haber tenido la alegría y honor de asistir a este Congreso del apostolado social de la Compañía de Jesús. Que podáis continuar el apostolado social enriqueciéndolo con las reflexiones, oraciones y propuestas de estos días, para servir la fe y promover la justicia, una justicia concreta y una justicia evangelizadora, en toda cultura y en toda sociedad. Lo que pido es que podamos seguir encontrando en nuestra oración y contemplación, en nuestra vida comunitaria y en nuestra identidad religiosa y sacerdotal, la fuente primaria y el fruto final de esta misión nuestra, «vivir en solidaridad con los pobres y marginados de modo que podamos asumir su causa bajo la bandera de la Cruz» (D.3, n.17).

20 de junio de 1997

+ + + + +